París, 26 de mayo de 1973.

Mi querido amigo:

Lamenté más de lo que Vd. se imagina el que se frustrara el año pasado la posibilidad de esas largas conversaciones que habíamos podido tener, ya sea en Bryn Mawr ya en Puerto Rico. Van pasando los años sin que se renueve ese antiguo contacto intelectual que tan decisivo fuera par a mí en un periodo de mi vida. Por esto, quiero preguntarle si vendrá Vd. a París, o a España, este verano, a fin de concertar un encuentro que me hace mucha falta. Y me quedaré en París durante el verano, viajaré por Italia en septiembre, volveré de nuevo a París, y espero regresar a Puerto Rico, tras una breve estada en Madrid, a fines de año. Si el encuentro no fuera posible este verano en París, iría a los Estados Unidos ya sea a principios de enero, ya en Semana Santa, con el fin expreso, a más de ver a Diego, que está en Nueva York, de conversar con Vd. Por fin, si Vd. viniera a Europa pero no a París, podríamos concertar un encuentro en algún otro punto, como su Barcelona.

A manera de anticipo de esa conversación, permítame darle cuenta de lo que han sido mis trabajos y pensamientos en los últimos meses. El libro para el que la Guggenheim me concedió la beca, se ha ido convirtiendo –"la cabra tira al monte"- en una obra de filosofía. De una parte, se me suscitó el problema de que un pensamiento sobre la educación, si no ha de caer en la confianza irrazonada y trivial en los valores de la espontaneidad, si ha de propiciar una cierta organización de las ciencias y disciplinas conforme a una visión general, aunque flexible y abierta, de la historia y el universo, presupone un pensamiento sobre lo que el hombre es y ha de ser, pues de allí deriva el por qué y para qué se le educa. Por tanto, se me presentó la necesidad de hacer preceder todo lo que había de referirse a la educación de una filosofía antropológica que recogiera muchos de los más importantes aportes de las ciencias humanas y sociales. A su vez, esta parte repercutió sobre lo que antes había pensado respecto a la educación, y me encontré buscando, no sólo un modo de organización de las ciencias y disciplinas varias, abordado a partir de la manera de enseñarlas, sino hasta –y me espanta un poco el decirlo- una re-organización de ellas, a base de un enfoque metodológico complementario del que generalmente han adoptado. Ya adivinará Vd. que la mentada introducción de antropología filosófica no está desconectada de lo que escribí hace veinte años y que presenté como tesis para el doctorado. Sin embargo, estos veinte años no han transcurrido en vano. Creo que mi tesis de entonces ha crecido, se ha enriquecido con lo estudiado y pensado desde ese tiempo, y ha sufrido varias modificaciones que considero importantes. Le mencionaré sólo dos: 1) cuando releo lo que escribí en ese libro, ello se me aparece, no sólo ingenuo en más de un aspecto, sino movido de un espíritu maniqueo y reivindicatorio, que por cierto no es ahora el mío: era el rescate del <u>ser-para-la-conciencia</u> frente al <u>ser mundano</u> constituido por el sujeto epistemológico universal; hoy día veo más bien en esta oposición dos instancias destinadas a <u>integrarse</u>, dos niveles antológicos que se justifican por su mutua atracción dentro de la oposición; dicho de otro modo: el mal –si así pudiera decirse aludiendo a una distinción que es antológica y no ética, aunque tiende a un ética- no radica en el <u>ser mundano</u>, como daba a entender mi posición de entonces, sino en la pretensión de cualquiera de los niveles a tenerse por autosuficientes y prescindir del otro; creo que esta actitud mía de hoy se aproxima más que la anterior a posiciones suyas orientadas también por la aspiración <u>integracionista</u>; y esto es, por cierto, un motivo más para anticipar con regocijo un próximo encuentro con Vd.; 2) creo que el libro que escribí hace años pone un énfasis excesivo en el <u>cogito</u>, como si éste pro sí solo pudiese ofrecernos un yo provisto de "esperar" existencial; hoy, por el contrario, le pondría tal énfasis en el otro término de la relación dual afirmada desde entonces y que denominé <u>lo Otro</u>; primordialmente, el llamado "yo" estaría dado tan sólo como un punto de partida vacío, caracterizado por su falta, o

mejor por su apetencia de alteridad; sólo al cumplir esta vocación, por el reflujo de lo Otro hacia el primero, y luego por efecto de la relación ternaria en que el ser mundano queda constituido, resulta legítimo hablar de un yo humano (creo que éste es también el itinerario de Descartes bien entendido, puesto que el hombre sólo hace en él su aparición a nivel de la Sexta Meditación, no al de la Segunda, como pude haber creído entonces; lo cual es sin prejuicio de las reservas que hoy tendría que formular frente a una filosofía que identifica el propio cuerpo con los cuerpos físicos, es decir, en la que se echa de menos ese cuerpo subjetivo que más tarde, según la interpretación de Michel Henri, describirá Maine de Biran).- Creo que estas dos modificaciones alteran suficientemente lo que fuera mi posición de entonces como para que sea otro pensamiento, aunque nacido de aquél; así, no es de extrañar que ahora pueda responder a una objeción que Vd. me hizo en la Abadía de Royaumont (cuando tuvo la bondad de revisar conmigo lo que pocos días después yo iba a presentar como tesis) y para la que entonces no tenía yo respuesta. Se la recuerdo, pues, seguramente Vd. la ha olvidado: me decía Vd. que, dentro de la posición que yo había adoptado debía aceptar el envejecer –y yo agregaría que incluirse la muerte misma- como un simple dato sin poder dar razón de él. En efecto, tratar del envejecer y de la propia muerte, como yo pretendía hacerlo entonces, requiere algo que yo no cumplía: situarse en el nivel antológico del ser mundano, adoptar el punto de vista del Sujeto epistomológico universal, y luego integrar las evidencias allí obtenidas con otras de la estructura dual, vale decir: del ser como conciencia. Por fin, creo que la escala ontológica propuesta por Vd. en El sentido de la muerte, primero, y en El ser y la muerte después, adquiere ahora una importancia dentro de mi propio pensamiento, que antes no pude concederle. Esta obertura hacia el pensamiento suyo se da también hacia otros, ahora entendidos mejor, como sea los de Platón, Epicuro, Kant, Hegel, Marx, Freud y muchos más. Por lo mismo, la elaboración de este nuevo libro me ha de tomar más tiempo del que yo pensaba dedicarle. Aprovechando la circunstancia feliz de que mi mujer está vinculada por su profesión a la Organización Mundial de la Salud, que tiene su sede en Ginebra, ciudad que visito a menudo con este motivo, he pensado presentarlo en una versión aún tosca, como un “premier jet” de lo que será el libro definitivo, al Instituto que allí dirige Jean Piaget y que tiene una sección dedicada a las ciencias de la educación. Me agradaría trabajar bajo los auspicios de un Instituto tal, llevarles periódicamente mis elaboraciones más definitiva, pero es posible que un enfoque tan “metafísico” de la educación como el mío les cree un rechazo inicial insuperable... ya veremos.

Con esto de he dado cuenta tan sólo de uno de mis proyectos de trabajo. Mis frecuentes estadas en Chile, a partir de la sabática que pasé allí en 1970, y el haber enseñado Filosofía del Derecho en ese país durante tres años consecutivos, me permitió volver a ordenar y leer los papeles que acumulé hace treinta y tantos años con miras a escribir un libro jurídico del que le hablé alguna vez, y que entonces iba a ser mi memoria para recibir el título de Licenciado en Derecho. Naturalmente, el pensamiento allí expresado respecto de la noción de enriquecimiento injusto y del derecho de propiedad, lo veo ahora bajo una luz diferente y con proyecciones políticas que entonces no le atribuía. Se beneficia, además, ahora con la crítica que he ido elaborando sobre el pensamiento de Hans Kelsen y que ha cristalizado en dos ensayos. Pues bien, a base de todo ello, he presentado un proyecto de tesis a la Facultad de Derecho de la Universidad de París con miras a obtener un Doctorado de especialidad en Filosofía del Derecho. El profesor Henri Batiffol ha aceptado dirigir esta tesis. Por cierto, a estas alturas de mi vida, no me hace falta, para fines prácticos, un nuevo doctorado. Ocurre, sin embargo, que para trabajar bien y poner fin a mis proyectos necesito del diálogo y de ese apremio que impone la expectativa de otro, el compromiso contraído o los requerimientos de una institución. Le hablaba de que este libro ha adquirido ciertas “proyecciones políticas”. Ya le he dicho en una carta anterior que, conforme a las clarificaciones que Vd. propone en su libro sobre las tendencias

de la filosofía contemporánea, yo aceptaría ser tenido por un “marxista heterodoxo”, sin prejuicio de otras adhesiones. Este aspecto se ha visto fortalecido por mis frecuentes visitas a Chile, en donde muchos jóvenes intelectuales se dedican a estudiar y reprensar con seriedad las concepciones de Marx, y por mi consiguiente participación en el llamado “proceso chileno”, con el que mis hijos y los de Sylvia, mi mujer, están profundamente comprometidos (Recientemente mi hija Beatriz fue herida a bala en un brazo, sin mayores consecuencias, felizmente, mientras pegaba carteles para su partido, el Mapu). Tal vez bajo tales estímulos, he llegado a ver en un desarrollo del concepto de enriquecimiento injusto el fundamento jurídico-político de la revolución, complementario de lo que Marx presentó, acentuando el aspecto económico, bajo forma de teoría del valor.

Por fin, y para darle un cuadro completo de mis proyectos y actividades actuales, debo mencionarle algo que parece apartarse mucho de la filosofía, aunque tal vez no sea sino otro modo de aproximarse a ella: me refiero a unos proyectos, estudios y esbozos que hacen pendant con sus excursiones por el mundo del cine, de las que tuve noticias, creo que por Olaso; es el de escribir una tragedia, que titularé Rosa Antigonoma, y que trata de la discusión que una mujer de este nombre tiene, en la primera semana de enero de 1919 y en Moscú, con el todopoderoso camarada Kreontov, señor del Kremlin; del subsiguiente asesinato de esta mujer, y, por fin, de la conversación que sobre todo ello y el tema de la revolución tiene Kreontov con el camarada Tiresimski. Esta acción va alternada con frecuentes intervenciones de un coro, distribuido en la sala, el que sirve de intermediario entre los actores y el público; este último, bajo el aliciente de tales intervenciones, debería sentirse autorizado para expresarse, asumiendo el papel de verdadero coro. Dicho de otro modo: aunque habría una versión de la tragedia escrita de punta a cabo por mí, ella sólo sería el tema inicial, al que se vuelve periódicamente, pero que es susceptible de variaciones, según sean la disposición y las inclinaciones de los actores y el director, pero sobre todo, a partir de los comienzos del tercero y último acto, según fueren las interpretaciones del público, comentando y criticando lo actuado, proponiendo otras soluciones, etc. Por tanto, en algunas de sus representaciones, la tragedia se constituiría en opera aperta, que reflejaría, al por que agudizaría, el grado de conciencia política alcanzado por la comunidad en que se representara. De otra parte, la representación conforme el texto inicial ofrecido por mí, unida a 8-9 representaciones ulteriores “abiertas”, tendría el aspecto de una ejecución musical con tema y variaciones... No sé, por desgracia, si tendré las aptitudes de autor dramático que se necesitarían para llevar a cabo este proyecto: podría ocurrir que sólo diera a luz un ensayo dramatizado con pretensiones de tragedia, que, en el mejor de los casos, por ser irrepresentable, sólo se prestara para la lectura solidaria. De todos modos, espero hacer el intento y enviar el texto a Chile para que allá resuelvan si lo representan o no. Por ahora, sólo tengo escrita una introducción, destinada a ser leída, lo que tal vez iría en los programas, y que he titulado Manifiesto para un teatro trágico y popular; pero he acumulado muchos materiales para el resto a partir del estudio de diversas obras de Rosa y de escritos sobre ella. Hay allí otro marxismo, diferente del leninismo y el trostzkysmo, y que tal vez sería interesante reivindicar...

Bueno, pues todo esto es sólo una introducción prefacio para lo que yo podría aportar a esa esperada conversación nuestra. Falta conocer lo suyo, lo que Vd. está escribiendo ahora o proyecta escribir pronto. Le agradeceré mucho informarme sobre ello.

Me encuentro en el momento en que se hace sentir con mayor urgencia la necesidad de una síntesis, acaso múltiple, que dé forma a una vida dedicada principalmente a la reflexión. Siento de un modo agudo lo que expresan esas primeras estrofas de las coplas: que la vida se pasa, que la muerte se viene “tan callando”. Quisiera lograr dar

remate a tantas cosas iniciadas, y no dejar cabos sueltos. De ahí la importancia que para mí ha tenido la lectura del libro de Michel Henri sobre Maine de Biran, mostrándome en este filósofo, al que dediqué muchos años, un pensamiento que me interesa sobremanera, pero que no supe descubrir en él. De ahí la importancia de mi Rosa, que refleja no sólo mis actuales inclinaciones políticas, sino la experiencia de mi inconsulta adhesión al P.C., durante la guerra civil española, y luego mi decepción y el exilio auto-impuesto en la apoliticidad, tras el pacto germano-soviético. También: la necesidad de que los materiales para ese libro jurídico planeado en mi juventud no quedaran dispersos. En este mismo plano de exigencias está el que la amistad filosófica y personal que me ha unido a Vd., aunque los encuentros hayan sido escasos y fugaces, si bien decisivos para mí, se manifieste ahora en algún modo de convergencia...

Sylvia y yo vivimos en un pequeño apartamento no muy lejos de Barrio Latino y Montparnasse. Esperamos habilitar una parte del living como eventual pieza de alojados dentro de poco. Demás está decirle cuánto nos agradaría recibirlo allí.

De su vida íntima nada le digo, por ser tal, y por no haberme hablado Vd. de ella a mí, si bien algo he sabido por José Ricardo Morales. También a éste, que creo está en España, y con quien mantengo buena amistad, quisiera verlo y comentarle mi Rosa ¿Podría Vd. enviarme su dirección actual?

Una vez más: espero que el encuentro con Vd., con mucho tiempo disponible para conversar, sea este verano.

Un abrazo afectuoso de su amigo

[Signatura]